

Los que llegan se sienten intimidados por esta enormidad. La capital gigantesca parece caer sobre ellos con mortal gravitación.

— ¡Qué grande!... ¡Qué grande!...

¡Adiós arrogantes propósitos de conquista, gallardías audaces de dominación y rápido encumbramiento! Es la ciudad la que conquista á los recién venidos, la que los hace sus esclavos, tímidos y sumisos, con sólo mostrarse un momento, fría y casi dormida entre las brumas del amanecer.

Muchos de los que llegan nacieron en una aldea ó en el campo, no han visto otras ciudades que las de los puertos de embarque, y quedan espantados, enmudecidos por el respeto y el pavor á la vista de esta gran metrópoli de rápidas transformaciones, que todo lo encuentra estrecho, que rompe cada cinco años el traje de albañilería que le fabrican los hombres, y crece y crece, no reconociendo fronteras en su desarrollo.

Lisboa es más escenográfica, con su caserío en cuesta que permite apreciar las grandezas de la edificación: Río Janeiro realza su belleza arquitectónica dentro de un estuche de verdura, entre montañas que forman un marco rosado á la copa de su bahía; pero los emigrantes experimentan una impresión más profunda, de asombro y anonadamiento, á la vista de Buenos Aires. Sus frentes se contraen; sus ojos miran con incertidumbre.

— ¡Qué grande!... ¡Qué grande!...

Y todos piensan con una emoción parecida al miedo, en lo que les aguarda dentro de este caserío achatado, monótono, infinito, igual á la concha protectora de una gran bestia prehistórica.

Avanza lentamente el trasatlántico, con ligeras pausas de inmovilidad, como si fuese tanteando el camino para evitarse un encontrón. Navega entre diques, y va á atracar dulcemente en un amplio muelle defendido por una cubierta de acero y cristales, como una estación de ferrocarril.

En el desembarcadero se reúnen grupos de curiosos. Los marineros de la vigilancia marítima, con el machete al cinto, forman fila para contener al gentío que pretende avanzar y llama á gritos á los amigos que llegan en el buque. La policía huronea y mira con ojos inquietos, temiendo el desembarco de gentes peligrosas, de elementos de desorden barridos por las aventuras del viejo mundo.

¡Cuán pequeño es ahora el trasatlántico! Pegado á tierra puede apreciarse mejor su grandeza, y, sin embargo, parece más mezquino, más insignificante que en medio de los amplios puertos donde echó sus anclas antes de llegar aquí. La comparación con centenares y centenares de otros buques, que alineados en las tranquilas aguas del río, entre muelles, diques y puentes se esfuman en el horizonte, borra la apreciación de su tamaño. La cantidad desvanece el valor de la dimensión. ¡Son tantos y están tan agrupados los gigantes marinos!... Cada uno de estos buques, destacándose aislado en medio del azul de una bahía, puede admirar por la grandeza y arrogancia de sus proporciones. Aquí no es nada; se pierde entre sus compañeros en una extensión acuática de catorce kilómetros: es una chimenea más entre centenares de chimeneas; dos mástiles que vienen á confundirse en la inmensa selva de palos y cordajes sobre la que revolotean las banderas como mariposas de colores.

Las dársenas, enormes plazas de agua, no son dársenas: son corrales de buques donde se aglomeran los mónstruos flotantes como doméstico rebaño.

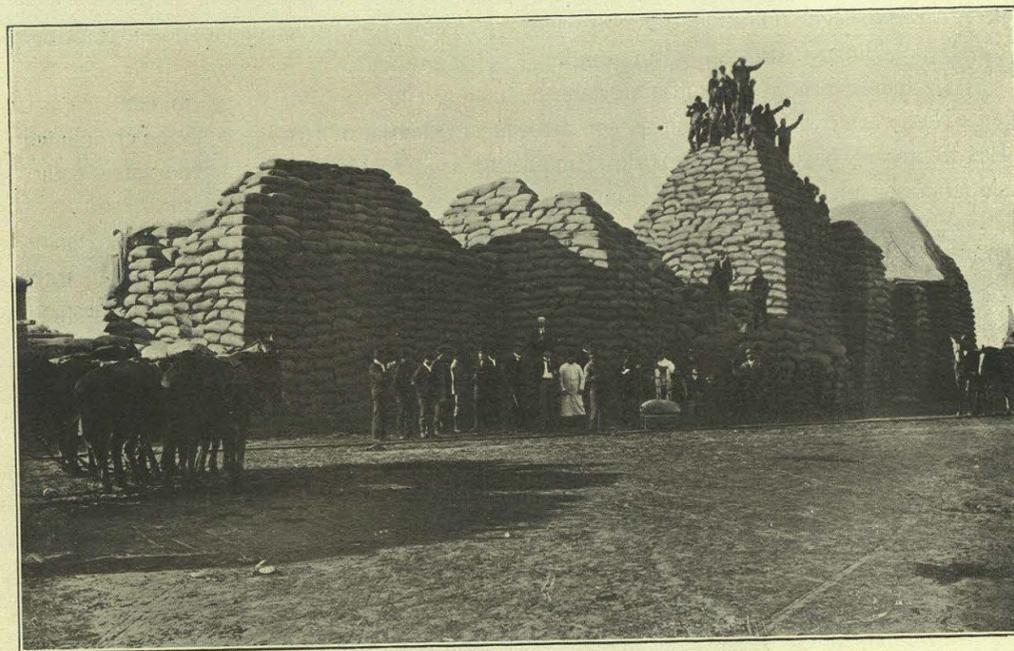
Los mercenarios de *Salambó*, al marchar en son de rebeldía por los caminos de Cártago, veían con cierta inquietud, clavadas á los árboles por los cuatro remos, bestias moribundas que agitaban su roja melena entre estertores agónicos.

— ¿Qué nación es ésta que crucifica á los leones?... — murmuraban asombrados los personajes de Flaubert.

Algo semejante piensa el viajero al llegar al puerto de Buenos Aires, en una mañana fría y brumosa.

— ¿Qué pueblo es éste que trata á los gigantes del mar como si fueran reses?...

Todos los días se presentan en sus muelles enormes trasatlánticos, mansos, lentos, como vacas rojas ó negras que vinieran de pastar en las praderas azules del Océano. Detiéndense junto á sus almacenes para ser ordeñados por la poderosa ciudad, á la que dan generoso



PROVINCIA DE BUENOS AIRES: SACOS DE TRIGO ESPERANDO EMBARQUE EN UNA ESTACIÓN DE FERROCARRIL

alimento; y cuando sus entrañas están exhaustas, cuando han soltado el chorro de hombres y hasta la última gota sólida del cargamento, Buenos Aires les da con un pie en la amplia grupa, enviándolos á descansar en sus inmensos corrales de agua. Entran en una dársena, y si en ella no hay lugar, se trasladan á otra, y luego á otra, pasando entre murallas, apartando puentes, seguidos de remolcadores que silban, corren y rodean el pesado rebaño de leviatanes como si fuesen sus zagales. Y en los inmensos apriscos acuáticos descansan los mónstruos varios días, recibiendo la alimentación de tierra adentro, que les sirven grúas y elevadores, hasta que repletas sus entrañas de vigorosas riquezas y con nueva sangre negra en las carboneras, vuelven á emprender la marcha, río abajo, hacia los azules campos.

Ya atracó la nave. Se arrancan los emigrantes de la contemplación de la ciudad, para arrollar y enfardar sus ropas. El puente ha quedado tendido desde el muelle á un costado del buque. ¡Gente á tierra!... Las mujeres toman de la mano sus ristras de pequeñuelos y se colocan sobre la cabeza, como enorme turbante, el atado de ropas. Los hombres se encorvan bajo los fardos de mantas y colchones. Algunos, pobremente vestidos de señoritos, desembarcan con las manos en los bolsillos, silbando para distraer su emoción. Otros llevan por todo equipaje una guitarra y saludan con gritos y risotadas á los amigos que les esperan en el muelle.

El rebaño de miseria y esperanza desfila y desfila hacia lo desconocido. ¿Qué les aguardará en el interior de este mónstruo gris y achatado que todos los días devora su ración humana? . . .

Los peregrinos pasan y pasan por el puente de madera, bajo la mirada escrutadora de la policía. ¡Ni una palabra! El ambiente es de libertad. El Hotel de emigrantes ofrece asilo á los que se presentan sin amigos y recomendaciones. Las oficinas están abiertas para los que llegan desvalidos, sin un propósito determinado. La nueva tierra les ofrece cama, alimento y el ferrocarril ó los vapores fluviales necesarios para que se trasladen al interior, donde hay demanda de brazos.

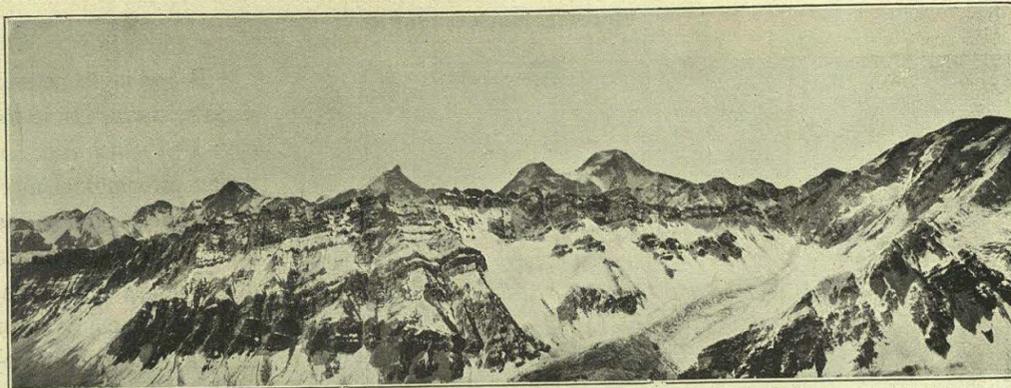
Los que llegan no encuentran obstáculos, y, sin embargo, parecen cohibidos, atemorizados.

«¡Ay, Buenos Aires! . . . ¡Tan grande! . . . ¡Tan grande! . . .»

La inmensa metrópoli sud-americana pesa sobre ellos con toda su enormidad.

Nadie echa ya la cabeza atrás con arrogancia belicosa, ni saca el pecho fanfarronamente. Las frentes se bajan á impulsos de la inquietud; las espaldas parecen encorvarse como si sintieran por adelantado el peso de una vida de laboriosidad que va á empezar.

Y los soñadores del Océano, que fantasearon las más absurdas grandezas como final de su viaje, entran á la nueva vida por un camino fácil, encontrando inmediatamente el trabajo y el pan; pero entran cabizbajos. . . como animales domados. . . como ilusos que despiertan para caer en la realidad.



CUMBRES DE LOS ANDES

## EL PAÍS ARGENTINO

### I

#### GRANDEZA DEL TERRITORIO

Si un poeta pretendiera expresar por medio de una imagen corpórea la grandeza de la República del Plata, tal vez la comparase con un gigante cuyos pies estuvieran hundidos en los hielos antárticos y la cabeza reclinada en los verdes almohadones de la selva tropical. Este coloso imponente, este Micromegas americano, tiene enormes barbas que descienden ondulantes por su busto, como las antiguas y simbólicas de los ríos; y estas barbas de plata son el Uruguay y el Paraná con toda su red de vías acuáticas, con toda su maraña de líquidas hebras, que van á fundirse en aquellas dos corrientes, magníficas y caudalosas como pedazos de mar.

Su brazo izquierdo, doblado en ángulo cual si buscase apoyar en él la frente, es la península feraz llamada la Mesopotamia argentina. Su brazo derecho tiene la dureza musculosa y saliente de un biceps hercúleo y lo forman los Andes, tendidos á lo largo de su cuerpo. La cabeza, que busca los calores del sol tropical, presenta tostadas calvicies en las mesetas semibolivianas, pero las oculta en parte bajo la hojarasca de una corona de selvas y de cañaverales de azúcar. Su pecho generoso y amplio, son las pampas, cubiertas por la vellosidad dorada de inagotables mieses. Las piernas buscan al extenderse el último extremo del mundo, y están calzadas con botas de blanco cristal, que le fabrican todos los años los hielos antárticos.

— Nuestro país es grande — dicen con entusiasmo los ciudadanos argentinos.

Sí, muy grande; enorme. Los mismos que lo afirman con satisfacción y orgullo, no se dan cuenta exacta de las proporciones de su país.



LA PENÍNSULA IBÉRICA COMPARADA CON LA REPÚBLICA ARGENTINA